

## Fernando Claudín y “la Revolución inoportuna”: disidencia y revisión en un intelectual del exilio<sup>1</sup>

Juan Andrade

*Universidad de Extremadura*

En 1932 un joven estudiante de arquitectura de origen aragonés, Fernando Claudín Pontes, decidió afiliarse a la juventud comunista. Entonces ni el partido comunista ni su referente juvenil eran organizaciones influyentes en el movimiento obrero español, mayoritariamente adscrito a las tradiciones anarquista y socialista. No obstante, el imaginario de la revolución rusa de 1917, con su episodio determinante de octubre, había arraigado, más allá de filiaciones partidarias, en gran parte de la clase obrera española, así como en unos pocos estudiantes y aspirantes a intelectuales radicalizados. En el caso de Claudín lo hizo hasta el punto de motivar su filiación a la organización juvenil de la sección española del gran partido mundial de la revolución vertebrado por la Komintern. Su compromiso político nacía, por tanto, sujeto orgánicamente a ese gran ideal basado en la conquista sorpresiva del poder por parte del proletariado y en la transformación radical de la sociedad en términos socialistas equiparables, si no miméticos, a los de la URSS. Aunque el nuevo partido-vanguardia fuera entonces vanguardia de poca cosa en España, la creencia de estar navegando la gran ola revolucionaria de la historia desatada por el octubre bolchevique dotaba de una seguridad, no exenta de cierta ansiedad, a quienes en España habían optado por una opción entonces muy minoritaria.

La peculiaridad del tiempo en el que Claudín selló su compromiso con el movimiento comunista radicó en el hecho de que esta gran expectativa revolucionaria - fundante de la tradición comunista y su razón de ser última - se conjugó pronto con una nueva orientación – emanada de la dinámica política

---

<sup>1</sup> Este artículo se ha elaborado a partir del trabajo desarrollado durante una estancia de investigación en la Universidad París VIII-Saint Denis durante el curso académico 2015-2016.

nacional y refrendada por los intereses geopolíticos de la URSS - consistente en frenar el avance del fascismo por medio de la formación de Frentes Populares (Wolikov 2016). La contradicción radicaba en que, para favorecer la construcción de frentes amplios y efectivos, los partidos comunistas debían graduar o postergar sus aspiraciones revolucionarias últimas. En el caso de España esta nueva orientación favoreció, junto a otros factores, que aumentara aritméticamente la influencia del PCE en el último tramo de la República (Cruz 2007). Cuando estalló la Guerra Civil en julio de 1936 la necesidad del Frente Popular se hizo más perentoria y acuciante en un contexto, no obstante, en el que la pulsión revolucionaria del proletariado, ya de antes vigorizada, se había desatado. En ese contexto la influencia del PCE creció ahora ya de manera exponencial. Lo hizo en virtud de su capacidad organizativa y propagandística a la hora de galvanizar el esfuerzo bélico, del prestigio y las posiciones de poder que garantizaba el apoyo de la URSS a la República y de una orientación política que, al tiempo que se hacía eco del furor revolucionario de las clases populares, lo recogía para remitirlo a un futuro indefinido al que debía preceder, sin equívoco alguno, la victoria sobre Franco en el marco legal de la República (Hernández 2010).

A ese momento tan intenso, peculiar y contradictorio vivido en primera persona por Fernando Claudín se refiere “España. La revolución inoportuna 1936-1939”, el texto escrito por Claudín en los años sesenta, que hoy, de manera muy oportuna, reproduce la revista *Sociología Histórica*. El texto es un capítulo de su libro *La crisis del movimiento comunista*, una obra magna y potente publicada en 1970 por la editorial Ruedo Ibérico sobre ese vasto movimiento político y cultural del que Claudín fue, hasta 1965, una figura más que representativa y, después, un crítico atento y contumaz.

Para entender el texto en sí y las valoraciones más generales de Fernando Claudín a propósito de la larga trayectoria del movimiento comunista, resulta conveniente considerar varias cosas. Por una parte, que los hechos que analiza en el texto se corresponden a una etapa, la de la Guerra Civil, en la que Claudín ocupó puestos de responsabilidad desde los que defendió la política oficial del PCE y el papel de la URSS en la contienda. Por otra, que el texto fue elaborado en el exilio a finales de la década de los 60, esto es, en otro momento diametralmente distinto del movimiento comunista, con el que Claudín ya había roto, pero con respecto al cual en ningún momento había dejado de ajustar cuentas<sup>2</sup>. Finalmente, para arrojar luz a la comprensión del texto resulta obligado

---

<sup>2</sup> La expresión “ajuste de cuentas” la he tomado del propio Claudín (1970: XVIII).

trazar un recorrido, siquiera básico, por la trayectoria política y cultural que experimentó su autor desde los acontecimientos analizados en el texto, correspondiente a la Guerra Civil española de 1936 a 1939, hasta la redacción del mismo a finales de los años setenta. Más allá de ello, el propósito de este artículo es, además de presentar y analizar el texto en cuestión, realizar un esbozo de la trayectoria de uno de los intelectuales más interesantes y capaces de la izquierda española en la segunda mitad del pasado siglo y, sin duda, de los más reconocidos y reivindicados en los ochenta por importantes partidos como el PSOE, editoriales como Siglo XXI y medios de comunicación como el diario *El País*, por lo que también se hablará de su incorporación posterior a ese nuevo ecosistema político, cultural y mediático salido de la transición.

#### DE LA GUERRA DE ESPAÑA A “LOS AÑOS PLOMO”: CLAUDÍN COMUNISTA

En abril de 1936, en vísperas de la contienda, Fernando Claudín jugó un papel destacado en la formación de la Juventud Socialista Unificada, organización surgida de la fusión de la Unión de Juventudes Comunistas de España con la Federación de Juventudes Socialistas. En la práctica la fusión vino a suponer un desplazamiento de las juventudes socialistas al campo comunista, así como la integración, pese a su autonomía y heterogeneidad, de la nueva organización juvenil resultante en la esfera de influencia del PCE y la Komintern (Souto 2007). Durante la guerra Claudín desempeñó un importante papel junto a Santiago Carrillo en la Junta de defensa de Madrid. Finalmente, cuando la contienda estaba a punto de resolverse en beneficio de los golpistas, se mantuvo fiel a la política de resistencia propugnada por el PCE, lo que le llevó a abandonar *in extremis* la península ante la caída inminente de los últimos territorios de la República. En ese tiempo el joven Claudín vivió y militó atravesado por las complejas variables antes mencionadas: adhesión a un ideal revolucionario en un contexto de furor revolucionario obrero; compromiso, no obstante, con una política frentepopulista para nada revolucionaria, a conciencia de que resultaba necesaria para ganar la guerra y era requerida desde la URSS, país por el que entonces profesaba una fe inquebrantable; y, finalmente, su peso cada vez mayor en el organigrama de un partido que había experimentado un extraordinario crecimiento, pero que salía ahora derrotado y hacia el exilio tras una guerra prolongada y cruenta. En apenas unos años Claudín se había convertido en dirigente de un partido extraordinariamente influyente entre unas clases obreras empoderadas, que, no obstante, acababa de ser derrotado en una

guerra y en cuyo programa la revolución proletaria, ese horizonte que dio sentido a su compromiso inicial, se había remitido a un futuro difuso.

Durante su exilio en Moscú, México, Chile, Cuba, Argentina y finalmente Francia, Fernando Claudín formó parte, con Santiago Carrillo e Ignacio Gallego, del grupo de jóvenes dirigentes del PCE hacia el cual terminó basculando el poder del partido que venían ostentando dirigentes emblemáticos de la Guerra Civil como Pasionaria, Enrique Lister, Juan Modesto o Vicente Uribe. Durante los años cuarenta y cincuenta, en los que tuvo lugar esa pugna al principio soterrada, Claudín fue parte del tuétano del aparato del partido como mano derecha de Carrillo y, al final, responsable de la Comisión del Interior en el Buró Político. Como tal jugó un papel clave en los procesos de depuración de los principales disidentes o de aquellos que, pese a disentir poco, cayeron en desgracia por su voluntad de poder, su prestigio o las sospechas más o menos fundadas – con frecuencia poco fundadas - de traición. Nos referimos a los casos más llamativos de Jesús Hernández, Enrique de Castro, Jesús Monzón o Joan Comorera, pero también a las decenas de cuadros purgados, apartados o sentenciados a muerte en el duro contexto de la primera resistencia clandestina a la dictadura. Para los primeros casos hay testimonios abundantes de la condena expresa que recibieron de un Claudín erigido en firme defensor de la línea oficial del partido y la ortodoxia estalinista, las mismas que también difundió entre los militantes a través de cursos de formación en la escuela de capacitación guerrillera en el sur de Francia. En el caso de los segundos, de la depuración de cuadros medios del partido, la participación de Claudín fue relevante habida cuenta de que formaba parte del Grupo de Trabajos Especiales que, sin responsable directo, se encargaba de la activación del “Protocolo M”, destinado a la eliminación de los traidores y delatores. No en vano, durante varios años fue el responsable de “pasos” por los Pirineos, en los que, como es sabido, muchas veces tenían lugar las ejecuciones (Hernández 2015: 207-213).

La trayectoria posterior de Fernando Claudín, su elevada capacidad intelectual y la posición desde la cual se erigió en crítico del PCE y el estalinismo le permitieron desprenderse de la imagen del hombre de aparato, fiscalizador y censor, que, como tantos otros dirigentes de los años de plomo del PCE, sin duda fue. Con el paso del tiempo Claudín pasó a ser percibido como un dirigente comunista que habría participado, sí, del estalinismo, aunque, dicho fuera en su descargo, dentro de una dimensión puramente ideológica propia de intelectuales honestos pasajera y abducidos o, en todo caso, refrendatarios en la distancia de las crueles decisiones tomadas por otros, ya fuera por falta de conocimiento, ya fuera por confianza acrítica en sus superiores o ya fuera por la fe ciega en una

causa abstracta. Este caso - que pudiera ser con muchos matices el caso de su compañero y amigo Jorge Semprún, como el mismo Semprún se afanó en relatar en su autobiografía de Federico Sánchez<sup>3</sup>, - no es el de Fernando Claudín. Si esta imagen ha cuajado, también ha sido por el contraste que el propio Claudín vino alimentando durante décadas con respecto a su antiguo camarada y amigo Santiago Carrillo, a quien, por méritos propios y por efecto de una más que interesada leyenda negra de cuño conservador (Gálvez, 2014), sí se ha atribuido una responsabilidad directa en los sucesos más sórdidos del PCE en los años cuarenta y cincuenta. El contraste entre Claudín y Carrillo, tan evidente en lo que a capacidades intelectuales, formación cultural y ruptura con respecto a la propia tradición se refiere, se ha proyectado equivocadamente sobre aquella etapa y aquellas actividades orgánicas, prácticas y de muy alta responsabilidad, en las que, lejos de contrastes, ambos dirigentes se complementaron.

No obstante, abordar históricamente este tramo más oscuro en la trayectoria de Fernando Claudín - y en la de tantos otros comunistas - obliga a dejar de lado los típicos relatos condenatorios y moralizantes presentistas, sin recalar por ello en el descarte de responsabilidades individuales, ni sucumbir tampoco a los silencios de uno y a las autojustificaciones del otro. Lo que conviene es tener en cuenta que aquellos sucesos tan duros tuvieron lugar dentro de un partido que había salido derrotado de una guerra civil de más de tres años, que había sufrido y combatido después en varios frentes de la Segunda Guerra Mundial, que estaba disperso y asfixiado en el exilio, que andaba bajo la tutela coactiva de la URSS y que era durísimamente perseguido y reprimido en el interior por la dictadura de Franco. En ese clima de penuria, resistencia, autodefensa, presión, represión y celo Claudín obró como la mayoría.

En cualquier caso, con estos métodos y gracias también a otros procedimientos menos abrasivos, el tándem Carrillo-Claudín se fue haciendo, custodiado por la joven guardia procedente de la JSU, con el control del PCE en Francia y el interior, lo que en la práctica equivalía a decir con el control del partido mismo. Lo hicieron hasta el punto de conseguir que Pasionaria se decantara por ellos en

---

<sup>3</sup> La apelación a esa enajenación de sesgo idealista ha terminado constituyendo un relato frecuente en muchos intelectuales excomunistas. Sin duda uno de los relatos más interesantes y logrados en Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Premio Planeta en 1977, año central de la transición, que aquí se ha consultado en la edición de Diario Público de 2010. Sobre algunos significados en torno a la obra y la figura de Semprún tras su vuelta a España véase Mari Paz Balibrea, “La despolitización de la memoria histórica del exilio republicano en democracia. Excepciones, paradojas y el caso de Jorge Semprún”, *Historia del Presente*, 23.

detrimento de las aspiraciones de Vicente Uribe. El respaldo definitivo tuvo lugar en el Comité Central celebrado en la primavera de 1956, del que Santiago Carrillo salió investido como secretario general *de facto*. Apenas cuatro años después lo sería también *de iure* en el VI Congreso celebrado en Praga entre diciembre de 1959 y enero de 1960, en el que Pasionaria pasó a ocupar una presidencia más bien simbólica.

Santiago Carrillo y Fernando Claudín ascendieron a la cúspide del partido subidos en el tren de la renovación que partió del XX Congreso del PCUS de 1956, al que Claudín acudió en persona. El proceso de desestalinización que a su modo propugnó Nikita Krushev fue aprovechado por los jóvenes comunistas españoles. Presentándose como los valedores del mismo dentro del PCE en su pugna con los viejos dirigentes, asociados a un estalinismo ahora resignificado en términos negativos, resultaba más fácil obtener el plácet que todo cambio importante en la distribución interna de poder de un partido comunista requería de Moscú. Más allá del uso práctico e interesado de este giro, parece plausible pensar que Claudín sintonizó de manera natural con los aires de cambio de la época: que la relativa apertura y relajación de los ambientes políticos y culturales del movimiento comunista que propició el comedido proceso de desestalinización impulsado desde arriba por Krushev (Service 2015: 338-344) fue un aliciente para el propio proceso de autorrevisión y redefinición política que estaba viviendo Claudín. Que la reconversión de Claudín viniera de antes o fuera entonces más allá de los límites de la oficialidad es algo que tendrá que despejar la historiografía. Deberá hacerlo atendiendo no solo a lo que de sí mismo dijo Claudín – pues según él ese año condenó la invasión de Hungría por parte de la URSS (Claudín, 1983: 126) – o de lo que a posteriori han dicho al respecto sus competidores o enemigos – pues Carrillo lo negó rotundamente (Carrillo 1993: 461)-.

En cualquier caso, la adhesión temprana y ostensible de Carrillo y Claudín al giro que abre el XX Congreso del PCUS contribuyó a mitigar, sobre todo en el caso de este último, no ya lo que se ha presentado como tolerancia, aquiescencia o vinculación con el estalinismo, sino su protagonismo en la inserción del mismo dentro de las filas del PCE, pues como fenómeno maduro, y sin perjuicio de los rasgos adquiridos en la República y la Guerra, el estalinismo cuaja y se compacta sobre todo en el PCE de los años cuarenta y cincuenta. En este sentido, estamos de acuerdo con Fernando Hernández cuando dice lo siguiente:

La generación de Carrillo fue la responsable de la estalinización del PCE, mucho más de lo que habían sido sus predecesores (José Díaz, “Pasionaria”). Aquella cohorte estaba plenamente identificada con el estalinismo maduro,

conformando una élite pragmática, burocratizada y fiel a una estructura internacional y orgánica rígidamente jerarquizada. Carrillo fue el encargado de ajustar el partido al modelo de *statu quo* [...] Con la colaboración de su amigo Fernando Claudín, posteriormente absuelto por la Historia, y de toda una cohorte de hombres “de temple de acero”, Carrillo aherrojó la organización de manera implacable [...] (Hernández 2015: 330).

#### 1964-1965. LA CRISIS CLAUDÍN-SEMPRÚN

En 1964 estalló una profunda crisis en el seno de la dirección del PCE, que tuvo como principales antagonistas a quienes antes habían sido estrechos colaboradores y amigos: Santiago Carrillo, como Secretario General, y Fernando Claudín, único miembro del Buró político capaz de hacerle sombra por su capacidad, trayectoria, contactos y seguridad en sí mismo. La crisis arrancó de una enmienda a la totalidad por parte de Claudín a los análisis y tesis oficiales del partido. En la cultura política y militante comunista de la época - como en la cultura política de cualquier partido jerárquico y centralizado de la actualidad - semejante desafío no podía si no ser interpretado como un cuestionamiento abierto de las relaciones internas de poder y, especialmente, como un cuestionamiento a quien lo ostentaba en mayor medida. No es que el debate político fuera un pretexto para librar una lucha de poder, es que cuestionar abiertamente las bases últimas de la política del partido implicaba cuestionar la autoridad y el poder mismo de quien lo encabezaba. A conciencia de que se trataba de eso, la pugna se libró con dureza, concluyendo con la expulsión de Fernando Claudín y Jorge Semprún en 1965 y con la salida, voluntaria o inducida, de cuantos dirigentes y cuadros avalaron sus tesis.

El desafío lanzado por Claudín obligó a la dirección del PCE a sistematizar las hasta entonces vagas ideas que el partido venía improvisando acerca de la naturaleza de la dictadura de Franco, de los cambios económicos y sociales que se estaban produciendo en España, del papel que correspondía al movimiento obrero y de las posibilidades de cambio que el futuro podía deparar al país (Sánchez 2004: 87). La voluntad del PCE consistía en vincular la futura crisis de la dictadura, siempre percibida como inminente, a un cambio tanto político como social que diera paso a lo que entonces denominaba “la democracia antifeudal y antimonopolista”. Se trataba de una fase de transformaciones democráticas no estrictamente socialistas, pero con fuertes contenidos sociales, en la que recuperar las asignaturas pendientes de la historia de España, al objeto de encauzarla, a medio o largo plazo, en una perspectiva de transformación ya sí

socialista. El arranque del proceso vendría dado por una acción pacífica de masas que tumbaría, o al menos colapsaría, a la dictadura, y que el partido fue perfilando bajo el nombre de Huelga Nacional Política o Huelga Nacional Pacífica<sup>4</sup>.

La visión de Claudín era, sin embargo, muy distinta. En su opinión el desarrollo económico impulsado por la dictadura y los cambios sociales que estaba trayendo consigo, en un contexto internacional de estabilidad y tolerancia hacia el régimen, no hacían prever ninguna crisis social en España, sino en todo caso una crisis de la forma fascista del Estado, a la que las propias oligarquías procurarían una salida bajo formas más o menos democráticas, compatibles, en última instancia, con la primacía del capital monopolista. Ni la clase obrera, por más que se estuviera incrementando, ni el movimiento obrero, por más que viera aumentar su influencia, dispondrían de fuerza suficiente como para forzar y dirigir un proceso de cambio político, mucho menos para vincularlo a una nueva etapa de transformaciones sociales. El objetivo del partido debía centrarse en supeditar toda su práctica política a acelerar e intensificar, llegado el momento, el proceso de reformas democráticas acometidas por las élites más abiertas del régimen, a fin de que luego ya, tras un largo tiempo de disfrute de libertades y maduración política, el movimiento obrero español, con el partido comunista a la cabeza, pudiera plantearse retos mayores<sup>5</sup>.

El debate Carrillo-Claudín de 1964 ha suscitado a la postre un interés considerable, que ha ido más allá de los especialistas en la historia del PCE. Pese a la amplitud de consideraciones al respecto, la mayoría de los interesados han venido a subrayar el mayor grado de adecuación de las tesis de Fernando Claudín a la realidad que entonces vivía España. Las pruebas con frecuencia esgrimidas para darle la razón se han remitido al hecho de que, efectivamente, la evolución

---

<sup>4</sup> Véase “Balance de 20 años de dictadura fascista, las tareas inmediatas de la oposición y el porvenir de la democracia española”, Documento del C.C. del PCE, 1º de abril de 1959 y “Resolución política del VI Congreso”, *Mundo Obrero*, febrero de 1960.

<sup>5</sup> Claudín expuso sus tesis en el discurso pronunciado en la reunión del Comité Ejecutivo del PCE el 27 de marzo de 1964. Las respuestas oficiales que recibió por parte de la dirección fueron sistematizadas en el artículo de Santiago Carrillo “¿Liberalización o democracia?”, publicado en el número 38 de *Nuestra Bandera* y en la “Declaración del Partido Comunista de España de junio de 1964”. A ellas respondió Claudín con otro escrito titulado “Las divergencias en el partido”. Los textos del debate luego fueron publicados por Claudín en 1978 como *Documentos de una divergencia Comunista*, Barcelona, *Viejo Topo*.



posterior del país y el desarrollo de la transición en la segunda mitad de los setenta se hayan ajustado más a sus previsiones. También al hecho de que la política finalmente seguida por Carrillo en la transición se pareciera mucho a la defendida por Claudín 10 años antes, cuando, por eso mismo, terminó siendo expulsado. Y ambos hechos, así planteados, son verdad. No obstante, la valoración del debate requeriría de consideraciones más complejas, pues muchos de quienes han venido a dar enfáticamente la razón a Claudín lo han hecho desde argumentos un tanto pedestres o legitimadores de la realidad resultante. Muchos se han basado en el dicho popular de que el tiempo es quien termina dando la razón (a Claudín en este caso) o en la afirmación, tan determinista como conservadora, de que la transición española (tempranamente acotada por Claudín) jamás hubiera dado más de sí.

Muchas de las valoraciones positivas de las tesis del Claudín del 64 han bebido del discurso canónico que, sobre todo en los ochenta y noventa, vino a legitimar la transición y el sistema político que de ella resultó planteando que en la transición se hizo lo único que podía hacerse y que, por tanto, se hizo de la mejor de las formas posibles. En este sentido, algunas de las lecturas que se han hecho de las tesis del Claudín del 64 han servido al empeño, tan propio de todo orden político, de presentar como quiméricas o regresivas todas las propuestas que se opusieron al desarrollo final de los acontecimientos. Así, la exaltación de Claudín ha escondido o exhibido a veces la voluntad de desacreditar por ilusos o peligrosos los proyectos de ruptura democrática que no solo sostuvo, hasta un tiempo, la dirección del PCE de Santiago Carrillo, sino la mayoría de las personas que se movilizaron contra la dictadura. Buena parte de la extraordinaria estima intelectual y política de la que ha disfrutado Claudín en la España postransicional se debe a la imagen que de él se ha construido como icono de un supuesto sentido común prefigurador, desde primera hora, de los límites razonables de la política. Desde esta perspectiva, semejante sentido común sería tanto más evidente en la medida que vendría avalado por las tesis precursoras de un refinado intelectual, procedente, para más pruebas, de una tradición como la comunista, tan propensa a demoler límites y trazar horizontes utópicos.

A propósito de las tesis que Claudín sostuvo en 1964 cabe hacer algunas consideraciones que suelen obviarse en las valoraciones positivas de las mismas. Por una parte, hay que tener en cuenta que entre 1964, año en que Claudín expone sus tesis, y 1977, año central de la transición, medió más de una década en que la acción de las fuerzas de la oposición o la intervención de factores imprevistos podían haber variado el curso de los acontecimientos, salvo que se considere, eso sí, que estos ya estaban predeterminados desde entonces. Es cierto

que los análisis de Claudín fijaban mucho mejor las tendencias del momento, pero ante eso cabría señalar también la frecuencia con que las tendencias sociales se invierten en virtud de la influencia sobre ellas de la práctica política o de la irrupción de acontecimientos tan imprevistos como frecuentes. Igualmente cabría preguntarse, a propósito de la línea política que Claudín hizo derivar de sus análisis, si la función de un partido comunista es la de plegarse al curso de las tendencias del momento o, por el contrario, considerarlas de la forma más realista posible para tratar, según sus códigos normativos, de revertirlas. Algunas de estas objeciones a las tesis de Claudín fueron planteadas, con sus formas un tanto fulleras de argumentación a posteriori, por el propio Santiago Carrillo (1983: 90), por ejemplo, al plantear si acaso alguien en 1964 habría podido deducir, a partir del análisis de la realidad del Portugal de la época, que 10 años más tarde fuera a producirse allí un proceso revolucionario de corte socialista; el mismo que, por otra parte, Carrillo tanto denostó.

Los análisis de Claudín presentaban, sin duda, un nivel de rigor, sofisticación y ajuste a las circunstancias muy superior a los elaborados *a priori*, y luego a la contra, por la dirección del PCE. Sin embargo, pocas veces se ha subrayado el hecho de que reproducían, en su versión más pragmática, algunos de los esquemas interpretativos y de las premisas no contrastadas del marxismo-leninismo esclerotizado de la época, concretamente en la versión mecanicista que, desde antes de la primera década de los sesenta, se extendió sobre todo por el movimiento comunista, y que ya a mediados de la misma se consolidó bajo la influencia de un tiempo de estancamiento del modelo de socialismo en la URSS y de las expectativas revolucionarias fuera de ella, lo que poco después se llamaría el *Zastoi* de la era Breznev (Anderson, 2015: 59-63). Entre estas inercias estaría, por ejemplo, la consideración prioritaria de los procesos de cambio político como resultado mecánico de grandes dinámicas económicas objetivas, a las cuales ajustar, o más bien supeditar, toda acción subjetiva. En este sentido la propuesta política que Claudín derivaba de sus análisis venía a reproducir la confusión tan frecuente en el marxismo - tan de base hegeliana, por otra parte - entre pronósticos y programas, entre pronósticos acerca del curso tendencial de la realidad y programas de acción orientados a su transformación (Muguerza 1990: 387).

Por otra parte, los análisis y propuestas de Claudín estaban anclados en una visión, más que gradualista, etapista o episódica del cambio social, muy del gusto, primero, de la socialdemocracia de preguerra influida por Kautsky y, después, del estalinismo maduro y sus epígonos. Semejante visión consistía en concebir el camino al socialismo como enlace de etapas consecutivas, pero sobre todo en

añadir siempre una etapa más al mismo esquema teleológico cada vez que el objetivo último del socialismo resultaba más lejano. Y eso, con mayor grado de complejidad y sofisticación, venía a hacer Claudín en sus tesis: interponer, entre el momento en que se encontraba el PCE en el 64 y su aspiración a la “Democracia antifeudal y antimonopolista” una etapa más de desarrollo democrático bajo parámetros estrictamente capitalistas y oligárquicos en la que rearmarse durante un tiempo para, luego ya, dar el salto a la siguiente etapa. En la práctica estas concepciones etapistas parecían reproducir las paradojas o aporías de Zenón de Elea, en concreto aquella que planteaba que, si entre un punto de partida y un punto de llegada siempre es posible señalar un punto intermedio, y todo trayecto a su vez puede dividirse en dos, podría concluirse que al final el sujeto dispuesto a echarse a andar nunca arrancaría de su lugar de partida.

La reflexión es oportuna porque, sorprendentemente, lo que Claudín va a echar en cara al PCE de la guerra civil en el texto de 1970 que aquí presentamos es todo lo contrario: el interponer entre la República del 31 y la revolución proletaria que a su modo de ver estaba ya madura una etapa intermedia que terminó por frustrarla, la etapa de la revolución democrático-burguesa.

El desafío de Claudín en 1964 azuzó dos temores profundos de Santiago Carrillo, el de quedar marginado de un posible proceso de transición y el de ver amenazado o siquiera cuestionado su poder omnímodo sobre el partido (Molinero e Ysàs 2017: 34). En opinión de Santiago Carrillo, si los análisis de Claudín eran ciertos, el partido podría quedar marginado al seguir una línea política o su contraria. Es decir, si las tesis de Claudín eran ciertas y el partido proseguía en su empeño rupturista, terminaría reduciéndose a un grupúsculo izquierdista nada influyente en un proceso de reforma; pero, si esas mismas tesis eran ciertas y se plegaba desde primera hora a colaborar con los reformistas del régimen, estos podrían dejarle de lado en cualquier momento al no necesitar demasiado de su concurrencia. Con esos argumentos sedujo a una dirección educada, bajo la égida del centrismo estalinista, para descartar de antemano aquello que se le presentara como excesos izquierdistas o desviaciones derechistas. Para preservar y fortalecer su posición de poder, Carrillo, con el respaldo inquebrantable de casi toda de la dirección, incluyendo la de aquellos miembros que estando en la cárcel apenas pudieron tener información del debate (Semprún 2010: 141-142), no dudó en expulsar a los disidentes, después de darles la oportunidad, tan de sesgo católico inquisitorial como estalinista, de retractarse en público.

No obstante, la crisis Claudín-Semprún fue una crisis de dirección que apenas tuvo eco en la capilaridad de la organización del partido, ni en el exilio, ni mucho menos en el interior, por el hermetismo cupular con que se libraron los debates y porque, cualquiera que fuera el resultado, apenas tendría repercusión inmediata entre una militancia que se estaba reactivando y nutriendo de nuevas incorporaciones al calor de una movilización al alza, una militancia cada vez más entregada al trabajo en los nuevos frentes y movimientos de oposición a la dictadura (Molineró e Ysàs 2017: 35 y 36).

Sí que afectó de manera considerable a la imagen del partido en ambientes intelectuales, por el predicamento que Fernando Claudín tenía entre ellos y porque Jorge Semprún era responsable de su organización. Y lo hizo en dos sentidos. Por una parte, provocó la salida del partido de muchos (entonces no demasiados) de los intelectuales que tenía el PCE. Por otra parte, la relevancia política, cultural y mediática que muchos de estos intelectuales, con Claudín y Semprún a la cabeza, cobrarían después en la transición y la democracia redundó a la postre en beneficio del reconocimiento de la tesis de estos. Efectivamente, las importantes posiciones de poder simbólico, y a veces también material, que ocuparon en la España de la transición y la democracia muchos de ellos les permitieron construir un relato muy potente sobre la crisis del 64, que reivindicaba la justeza de las tesis sostenidas por Claudín y Semprún; y en general un relato muy hostil a la dirección del PCE y al mundo vinculado al movimiento comunista, sobre todo al que siguió a su época militante. Un caso paradigmático sería el de Javier Pradera. Director en los momentos de la crisis del 64 de la delegación en España de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica, sería posteriormente una figura central en el desarrollo de Alianza editorial y, ya en los noventa, de la revista *Claves de Razón Práctica*. Más influyente aún fue su trabajo en el diario *El País*, del que fue miembro fundador, editorialista y responsable de la sección de opinión hasta 1986 y luego columnista y miembro de su Consejo Editorial. Aquella crisis sobrellevada con discreción en la dirección de un partido todavía muy limitado por la clandestinidad cobró más atención en los años de la transición y la democracia por el lugar preeminente que en el nuevo ecosistema político y cultural salido de la transición ocuparon algunos de sus protagonistas. Huelga de decir que a la cima más alta de ese ecosistema llegó el propio Jorge Semprún cuando en julio de 1988 fue nombrado Ministro de Cultura del gobierno de Felipe González.

## ESTUDIO SOBRE EL COMUNISMO Y POLÉMICAS CON EL PCE

De los argumentos de Fernando Claudín en el 64 cabe retener al menos dos cosas de cara al texto que aquí se presenta. Primero, que, por más que superasen en rigor a los de la dirección, no estaban tan liberados del corsé dogmático-estalinista de la época como sí lo estarían los análisis, más complejos y ricos, que publicó en *Crisis del movimiento comunista* en 1970. Ello fue así porque tras su expulsión del PCE Claudín no solo pudo dedicarse más tranquilamente al estudio y la elaboración teórica, sino que pudo hacerlo libre ya de la sujeción a una disciplina de partido, tanto más improductiva para un miembro de su dirección, sobre todo si esta adolecía, como era el caso del PCE, de fuste intelectual. En segundo lugar, Claudín saldría de esta crisis con un estigma de intelectual derechista dentro de la izquierda comunista y revolucionaria que trataría de sacudirse en sus escritos posteriores. Fuera en parte por ello, fuera también por convicciones todavía firmes, lo cierto es que Claudín siguió pensando durante muchos años dentro del horizonte político-cultural de la revolución socialista. A ello también contribuyó el hecho de que, unos años después de su expulsión, concretamente en torno a la fecha simbólica de 1968, la expectativa revolucionaria se revigorizara al calor de la proliferación de nuevas heterodoxias en el campo de la izquierda, ahora más amplio que el conformado por las tradiciones socialdemócrata y comunista de obediencia soviética.

Por otra parte, la crisis del 64 supuso para Claudín no solo la salida del PCE, sino una ruptura profunda con todo el mundo comunista de obediencia, lealtad o sintonía soviética, al cual había consagrado gran parte de su vida. Ambas cosas, sostenimiento de la expectativa de transformación socialista de la realidad y ruptura dramática con el movimiento comunista, debieron contribuir al menos a reforzar una de las ideas centrales que sostiene en *Crisis del movimiento comunista*, a saber, que la crisis insuperable de tal movimiento derivaba de los orígenes mismos de la URSS y la Komintern y que en ellos había que buscar también la frustración de la posibilidades de la revolución social en Europa a lo largo de más de medio siglo. Creo que esas variables (sofisticación y enriquecimiento teórico, voluntad o necesidad de reafirmación revolucionaria y revisión fuerte y personal de la tradición a la que consagró buena parte de su vida) son claves para entender el texto sobre la Guerra Civil española que reedita hoy *Sociología Histórica*.

Tras su expulsión del PCE y hasta el final de sus días Claudín fue un crítico atento, constante y polemista de la línea política del PCE y de la evolución de sus dirigentes, una especie de examinador continuo en cuyo juicio se centraba el

interés político e intelectual de la izquierda (y más allá de la izquierda) apenas el partido y su Secretario General hacían pública una nueva orientación estratégica o un significativo viraje táctico (Sánchez 2004: 110). Desde su expulsión Claudín fue el espejo en el que con cierta inquietud se miraron los dirigentes e intelectuales del PCE y, sobre todo, el espejo al que acudieron muchos intelectuales, periodistas y dirigentes de otras opciones políticas para ver lo que estaba sucediendo en el PCE. La tesis central que va a vertebrar su polémica con el PCE es que la línea política de este va a ir cediendo progresivamente, aunque de forma lenta y tardía, en la dirección de lo que él ya planteó en 1964, y que va a hacerlo lastrada, no obstante, por la resistencia a abandonar las tesis de la democracia político-social como salida a la dictadura y, sobre todo, por una estructura interna y un liderazgo caracterizados por el autoritarismo, la incapacidad teórica, el centralismo y el sectarismo de cuño estalinista. Cuando la política del PCE se asemeje en la transición a la preconizada por él más de 10 años antes, su argumento central será que el PCE no está a la altura de la política que proclama de puertas afuera por su naturaleza estalinista de puertas adentro. La reivindicación de la victoria de sus argumentos la hará sobre todo en *Crónica de un Secretario General* (Claudín, 1983: 183-4), cuando tras la hecatombe electoral del PCE 1982 Santiago Carrillo, aquel secretario general omnímodo que le expulsó del partido, se había estrellado por no hacer a tiempo y hasta sus últimas consecuencias lo que él le había propuesto años atrás.

#### LA REVOLUCIÓN INOPORTUNA

De las numerosas obras de Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista* es la más escorada a la izquierda. Y, de la mayoría de los capítulos que conforman esta vasta y poderosa obra, “La Revolución inoportuna” es la que asume un enfoque más izquierdista, entendiendo por tal no solo aquel en el que se hace mayor profesión de fe revolucionaria, sino aquel que, efectivamente, más se asemeja, pese a su complejidad superior, a las tesis sostenidas al respecto por las corrientes autosituadas más a la izquierda del movimiento obrero español: trozkistas, pournistas y anarcosindicalistas. De hecho en el texto de Claudín resuenan los ecos de algunos historiadores como Julián Gorkin (1961) y Burnett Bolloten (1962) que, testigos de la guerra y procedentes de algunas de estas tradiciones, escribieron tiempo después sobre los hechos bajo el amparo de instituciones culturales y académicas estadounidenses concebidas, en el contexto de la Guerra Fría, para desacreditar, en este caso desde la izquierda, la trayectoria del movimiento comunista (Hernández 2010: 22-33).

Aquel que no se haya acercado directamente a la obra de Claudín, pero tenga una idea aproximada de sus posiciones en momentos clave del pasado siglo, pongamos por caso las ya vistas de la crisis del PCE del 64 o las defendidas en *Socialismo y Eurocomunismo*, no digamos ya las que sostuvo sobre la OTAN tras incorporarse a la Fundación Pablo Iglesias, se sorprenderá, en una primera y superficial lectura, de las ideas que aquí se defienden. Y se sorprenderá sobre todo al considerar que no se trata de un texto escrito en el mismo momento de la Guerra Civil española, sino de un texto integrado en una obra que se publica por primera vez en 1970, cinco años después, por tanto, de su ruptura con el PCE, es decir, tras defender una posición tachada de derechista por sus adversarios.

A propósito de este radicalismo cabe plantear algunas hipótesis. De un lado, el empeño hasta bien avanzado los 70 por parte de Claudín de reafirmar los ideales del socialismo y de anclar su pensamiento a la perspectiva de transformación radical de la realidad. De otro, ya se ha dicho, una tendencia a sacudirse el estigma de reformista o derechista que, en el argot de la época, se le endosó a partir de las tesis que sostuvo en 1964. Finalmente, es obvio que todo texto debe explicarse a partir del contexto en el que es escrito, pese a que con frecuencia suele valorarse a partir de la imagen prevalente, fija o ahistórica que nos hemos hecho de su autor.

En este sentido, no debería pasarse por alto que el libro fue publicado en el contexto todavía determinante de la Guerra Fría, en el que cobraron peso interpretaciones de cierto sesgo izquierdista muy hostiles hacia el papel del PCE en la Guerra Civil española, estimuladas, como acabamos de señalar, desde ámbitos editoriales, académicos y publicísticos muy vinculados a la administración norteamericana. Más allá de la influencia que estas tesis pudieran ejercer sobre Claudín, hay que poner el acento en el hecho de que este texto se escribiera alrededor del hito fundamental de 1968. Aquel momento histórico de contornos múltiples y lecturas infinitas revitalizó el concepto de revolución - para entonces muy acartonado y retórico - y propició un considerable giro a la izquierda más acusado incluso en aquellas formaciones y figuras que inicialmente no estaban tan escoradas hacia esta dirección (Eley, 2002). En el caso de España - y ello incluye a varias figuras del exilio - se produjo un acusado radicalismo discursivo en las opciones socialdemócratas, concepto tan estigmatizado entonces que pocos se atrevían a autodenominarse así. Concretamente en el caso del PSOE el vértigo que generaba el empuje social del PCE, el desafío ideológico de las organizaciones de la Nueva izquierda y el ambiente cultural de la época llevaron al partido a radicalizar su discurso para abrirse hueco en esos ambientes, arremetiendo contra el moderantismo de los

comunistas de obediencia soviética y acercándose verbalmente a las posiciones retóricas de la izquierda radical (Andrade 2015: 140-155). En cierta medida, en ese movimiento ideológico de época se inserta también, al menos en parte, el izquierdismo que rezuma este texto de Claudín.

El texto - se verá a primera vista por las dimensiones y la profusión del aparato crítico - es un texto elevado, prolijo, bien armado, propio de un intelectual de izquierdas que ha dedicado tiempo al estudio. En él Claudín narra episodios de la Guerra Civil española, los ordena a conciencia, abstrae ideas, aporta datos y trata de documentar sus afirmaciones en el cuerpo del texto y sobre todo en las notas a pie de página. No obstante, si a ratos parece que Claudín sostiene una concepción abierta de la historia, atenta a lo inesperado, a lo no determinado, a sus momentos de incertidumbre y posibilidad truncada, en no pocas ocasiones sucumbe a las inercias mecanicistas, deterministas y teleológicas de la tradición (o más bien de la dogmatización de la tradición) leninista que tanto critica y pretende superar. Por otra parte, la sensación que queda después leer el texto es la de un historiador que oscila entre la voluntad de sostener un análisis que, a tenor del grosor y minuciosidad del aparato crítico y del ensamblaje de los argumentos, pudiera considerarse honesto y las interpretaciones apresuradas derivadas de una experiencia biográfica sobre los acontecimientos al final devenida en traumática, y necesitada, por tanto, de una reelaboración a posteriori.

Esto último queda a veces patente en el tono del texto, un tanto categórico e hiperbólico. Así, en palabras de Claudín, la dirección del PCE no solo se caracterizaba por su debilidad teórica, sino por su “extrema debilidad teórica”. Así, los reformistas del PSOE no solo eran, a su entender, minoritarios, sino “netamente minoritarios”. O así, la línea política de la Internacional Comunista en España no solo era sectaria, sino “rabiosamente sectaria”. De igual modo, en el texto aflora la figura – tan recurrente - del intelectual irritado ante la torpeza de casi todos los que le rodearon. Esa actitud genera a veces una limitación seria en el análisis: la de no tomarse del todo en serio a quien se estudia o la de simplificar o caricaturizar sus motivaciones y planteamientos para mejor combatirlos. Aunque se trata de un texto serio, bien articulado y con una base probatoria considerable, en demasiadas ocasiones genera la sensación de estar escrito desde la herida.

Pero vayamos más allá de la formalidad y entremos a analizar las ideas principales del texto de Claudín. Este puede resumirse en 10 tesis centrales.



Tesis 1. A medida que transcurre la República se va dando una polarización extrema de fuerzas sociales y políticas en España. De un lado, un bloque muy heterogéneo que nutre las filas de la reacción a la reforma y el miedo ante la revolución social; un bloque formado por la oligarquía agraria e industrial, las castas militares, el clero y los nuevos grupos fascistas, pero también por la mediana y pequeña burguesía rural y urbana. De otro, un bloque hegemonizado por un proletariado para el que la revolución social ha pasado ya a ser el programa mínimo, con el cual simpatizan también universitarios e intelectuales radicalizados, amén de campesinos pobres, semibraceros y fracciones importantes de empleados, funcionarios y profesionales. Tras las elecciones de febrero del 36 “este volcán empieza a entrar en Erupción”.

Tesis dos. En ese contexto la política unitaria del PCE es acertada, pues obedece a la amenaza objetiva de un golpe contrarrevolucionario, que el PCE percibe “con más sensibilidad y claridad que ninguna otra fuerza política y sindical”. Sin embargo, no son para nada acertados los contenidos políticos en torno a los cuales se quiere sellar esta alianza, esto es, el respeto a la República y al moderado programa del Frente Popular, pues las bases sociales de esa unidad se inclinan ya por la revolución social. Y aquí aparece la idea central que articula todo el texto de Claudín: “El dilema real [...] no era instauración de una dictadura contrarrevolucionaria o consolidación de la república parlamentaria democrático-burguesa, sino dictadura contrarrevolucionaria o revolución proletaria, aunque sólo fuera por la simple razón de que la única fuerza capaz de impedir la dictadura contrarrevolucionaria no tenía la más mínima intención de sostener después la república parlamentaria democrático-burguesa”.

Tesis tres. Para Claudín la única forma de frenar el golpe y proseguir con el proceso de cambio abierto hubiera sido “desalojar del poder al gobierno republicano pequeño burgués – gracias a cuya pasividad, cuando no cobertura, podía tejerse la trama de la sedición – e instaurar un poder que permitiera a las fuerzas obreras revolucionarias coger el toro por los cuernos”. Este enfoque eminentemente ucrónico, que expresa claras seguridades acerca de lo que hubiera pasado si en vez de hacerse lo que se hizo se hubieran hecho otra cosa, atraviesa todo el texto de Claudín. Él mismo lo reconoce más adelante. Las exploraciones contrafácticas suelen hacerse a partir de las enseñanzas extraídas de situaciones del pasado que se prestan a analogías o paralelismos con aquellas que están sucediendo. La conciencia de la existencia de estructuras de repetición en la historia es sentida en muchos intelectuales, tal es el caso aquí de Claudín, como garantía de intervención en procesos que habrán de resultar, no obstante, únicos. La experiencia con respecto a la cual Claudín traza una analogía, a

nuestro modo de ver demasiado rígida y lineal, no podía ser otra - en el caso de un intelectual que, pese a haber roto con el movimiento comunista, se ha formado y forjado como tal bajo sus parámetros - que la situación revolucionaria de octubre de 1917 en Rusia. A este respecto Claudín nos dice: “Entre febrero y julio a la revolución española se le fue creando, cada día de manera más acuciante, una situación análoga a la de la revolución rusa en vísperas de las jornadas de octubre. El proletariado revolucionario tomaba la iniciativa, era el que se enfrentaba a la contrarrevolución. Casares Quiroga era un Kerenski perfecto. Pero en España no había ningún Lenin.”

Más adelante Claudín recurrirá también a una idea habitual para explicar los procesos revolucionarios inspirados en la revolución bolchevique: la necesidad de acelerarlos y llevarlos rápida y decididamente hacia su fase eminentemente socialista a fin de que no sucumban por efecto de su debilidad e indecisión al empuje también creciente de la contrarrevolución. El paralelismo recurrente en el texto nos habla de un intelectual que ha roto orgánicamente con el movimiento comunista, pero que sigue pensado la realidad presente y la historia desde los marcos conceptuales de esta tradición y, sobre todo, a partir de su grado de ajuste con respecto a su experiencia fundamental: la impactante revolución de octubre protagonizada por los bolcheviques en 1917.

Tesis 4. Para Claudín el golpe de Estado había sido frenado por la revolución proletaria y tras ello “la correlación de fuerzas en el conjunto del país le era francamente favorable”, cosa que, en su opinión, nadie podía negar, salvo aquellos cuyo propósito no fuera otro que el de “justificar la política de Stalin y de la IC”. Con este último argumento Claudín reproducía una forma de descrédito de las opiniones contrarias paradójicamente muy estalinista, aquella que en vez de entrar a discutir los planteamientos del discrepante los desprecia atribuyéndolos a intenciones aviesas o asociándolos, sin entrar en detalles, a los planteamientos sostenidos por una figura ya estigmatizada. Creo que entre la minimización interesada que el estalinismo hizo del proceso revolucionario en la España de la Guerra Civil y la exageración categórica que hace Claudín para combatirlo cabe considerar al menos dos cosas. Una, que difícilmente puede considerarse que la correlación de fuerzas fuera francamente favorable para la revolución “en el conjunto del país” si se tiene en cuenta que allí donde había triunfado el golpe se estaba procediendo desde primera hora y de manera muy efectiva al exterminio físico de sus partidarios (Espinosa, 2003). Y otra, que donde el golpe no había triunfado, gracias, sin duda, a las fuerzas obreras revolucionarias, el proceso revolucionario como tal, como apropiación del poder

del Estado y socialización de los medios de producción, había tenido unos niveles de desarrollo muy desiguales dependiendo de las zonas.

Tesis 5. Para Fernando Claudín el PCE había jugado un papel acertado y fundamental durante la guerra al poner todo su esfuerzo y su extraordinaria capacidad organizativa en potenciar un ejército regular, alentar la moral de combate e interpelar a la población bajo criterios antifascistas y de afirmación de la independencia nacional frente a la intervención extranjera. Sin embargo, el resto de su línea política había sido contraproducente para la victoria. Su deseo de conquistar posiciones de poder por métodos muchas veces espurios había generado rechazo o terror entre sus aliados obreros - léase caballeristas y cenetistas -. Y sus esfuerzos por devolver el fuerte caudal revolucionario del momento al redil de la democracia-burguesa tipificada en una República débil habían debilitado aún más la moral de combate. En palabras de Claudín “La sujeción del PCE a esa estrategia fue, en efecto, un grave obstáculo para el pleno despliegue de las reservas combativas y de las iniciativas creadoras, de las fuerzas capaces de hacer milagros, que toda gran revolución social lleva en su seno”. El camino a la victoria, por el contrario, lo marcaba, según Claudín, la experiencia primera de la Guerra: “El espíritu que hizo posible la defensa de Madrid fue el espíritu de la revolución proletaria, y si existía una posibilidad de victoria no podía estar más que en su preservación y propagación. Para lo cual hacía falta la creación de un poder proletario revolucionario, que no dejara lugar a dudas sobre los objetivos de la lucha y abordara con firmeza y flexibilidad la resolución de las tareas que la guerra ponía en primer plano: organización del ejército y de la producción de armamento, abastecimiento, etc.”.

En definitiva, el camino correcto, según Claudín, era hacer lo que hizo el PCE, pero no priorizando la alianza con prietistas, negrinistas y republicanos ni ondeando la bandera republicana, sino en alianza preferente con caballeristas y centistas bajo la bandera de la revolución proletaria. En el texto Claudín reitera su tesis en términos recusatorios y moralizantes, reconociendo su propio enfoque ucrónico: “Nuestra ucronía trata de poner de manifiesto las posibilidades que esa “traición” frustró, al impedir la creación de un poder revolucionario en la zona republicana que habría acrecentado considerablemente la capacidad de combate del pueblo español”.

A los sugerentes argumentos de Claudín cabe contraponer algunos interrogantes. No cabe duda de que fue la revolución social la que frenó el golpe de Estado del 18 de julio ante una institucionalidad republicana torpe, confiada, aterrada o bloqueada. Sin embargo, que la revolución fuera capaz de frenar el golpe no

implica que pudiera derrotarlo cuando este derivó en guerra moderna y se hizo ostensible el respaldo diplomático, político y sobre todo militar que estaba recibiendo por parte de Alemania e Italia. Como reconoce el propio Claudín, las necesidades de una Guerra de esas características no podían atenderse desde el marco de una revolución – como son todas las revoluciones en su arranque - fragmentaria, local y sindical, sino desde el control de un Estado que no se había tomado revolucionariamente, entre otras cosas porque en él participaban representantes destacados de estas mismas organizaciones revolucionarias. También resulta muy difícil imaginar que esa guerra pudiera ganarse sin contar con unos respaldos internacionales que podían ser favorecidos, aunque al final ni siquiera lo fueron, por una política de alianzas no revolucionarias a nivel nacional. La pregunta que Claudín no se hace en este texto, el contrafáctico que Claudín no llega a verbalizar en este texto, es si la guerra se hubiera podido ganar desde la defensa de un proyecto revolucionario que muy probablemente hubiera repelido el apoyo, no ya de la URSS, sino de las llamadas democracias occidentales con Francia y Gran Bretaña a la cabeza. Si la historiografía especializada ha convenido que la falta de apoyos a la República por parte de estas potencias fue una de las causas fundamentales, si no la fundamental, de su derrota (Casanova 2007; Viñas 2012; Preston 2017; Moradiellos 2017), podría colegirse, tal vez no necesaria pero sí muy probablemente, que sin esta ayuda no podría haberse ganado.

Descartada de su argumentación la variable central de la ayuda militar extranjera a Claudín no le queda más remedio que, efectivamente, fiar la victoria a la capacidad de “hacer milagros” que tienen “las reservas combativas” y “las iniciativas creadoras” de la revolución proletaria. ¿Nos dice Claudín que estas reservas e iniciativas alentadas por la revolución no hubieran necesitado de la ayuda militar extranjera para imponerse a las tan bien pertrechadas tropas de Franco? Así se sugiere constantemente, aunque no se llegue a afirmar de manera abierta, porque el tema de la ayuda militar internacional se omite sorprendentemente en el contrafáctico.

Es verdad que esta capacidad combativa y estas iniciativas creadoras que acompañan a todo proceso revolucionario han desbordado con frecuencia previsiones e impuesto giros imprevistos al curso de los acontecimientos, pero en cualquier proceso revolucionario armado la correlación de fuerzas, abierta y susceptible de alteración, viene dada por el peso numérico y el empuje del entusiasmo, pero también por la cantidad, calidad y frecuencia en el abastecimiento de armas de cada uno de bloques enfrentados. Entender la historia pasa por concebir oportunidades perdidas, decisiones distintas a las que

se tomaron y posibles caminos alternativos, a condición de que no se obvien variables fundamentales en esos momentos de encrucijada, cosa que en cierto sentido hace Claudín en su texto.

Por otra parte, resulta fundamental entender los procesos no solo desde sus condiciones genéticas, sino atendiendo a su diacronía, aquella misma que viene a modificar, por surgimiento de nuevas situaciones, las condiciones de partida. Sin duda, el furor y el entusiasmo revolucionario fueron fundamentales para alentar la moral de combate y, ciertamente, ese furor, ese entusiasmo y esa moral fueron decayendo a lo largo de la contienda. Este decaimiento pudo deberse a la contracción de la expectativa revolucionaria: a la reorientación, dictada desde arriba, de la revolución proletaria inicial en una revolución, en todo caso, nacional-popular y, al final, en el sostenimiento de un régimen republicano-liberal. En este decaimiento pudo tener que ver también el autoritarismo de los agentes de la IC o el recelo ante el crecimiento imparable del PCE. Pero, sin duda, este decaimiento tuvo mucho más que ver con la desmoralización provocada por las derrotas militares, con las carencias y las penurias acumuladas durante tantos meses y con la falta de perspectiva de victoria. Que la apuesta por la revolución proletaria hubiera logrado, a la altura por ejemplo de 1938, sobreponerse a esa desmoralización que atravesaba al proletariado y a sus organizaciones más aguerridas es algo que no debería descartarse desde el realismo soberbio de quienes explican el pasado en función exclusivamente de lo acontecido, pero menos aun afirmarse tan categóricamente cuando se obvia buena parte de lo que estaba sucediendo.

Tesis 6. Para Claudín la responsabilidad fundamental de la derrota en la Guerra Civil recae directamente en Stalin, porque a través de la IC y el PCE dio “la hegemonía en la República a las fuerzas burguesas y reformistas que se orientaban al compromiso con el enemigo”. En su opinión, Stalin lo hizo al objeto de “consolidar la alianza militar con Francia y llegar a un entendimiento con Inglaterra”, potencias que en ningún caso “podían admitir la victoria de la revolución proletaria en España”. Por esa razón, nos dice Claudín, Stalin se afanó en “devolver a España a la revolución democrático-burguesa”. Por eso, concluye, “Stalin ayudó a la república española, para que pudiera prolongar su resistencia y llegar a una solución de compromiso, aceptable para las “democracias occidentales” en el marco de un sistema de alianzas antihitlerianas; no para que pudiera vencer”.

El párrafo parece de una ambigüedad calculada, dada la capacidad de precisión de Claudín. De él puede seguirse que la victoria de la República era para la URSS, y para el PCE por extensión, un objetivo supeditado en todo momento a la forja de alianzas con Francia e Inglaterra o incluso que Stalin frenó el proceso revolucionario en España, el único que podría haber conducido a la victoria, porque una victoria en estos términos habría inhibido su alianza con Francia e Inglaterra. Más allá de lo discutible que puede ser el papel de la URSS en la Guerra Civil Española (Kowalsky 2004; Viñas 2013), atribuir todo su devenir a la calculada y a priori preestablecida acción particular de Stalin entraña ceder, aunque sea en términos geopolíticos, a una suerte de teoría conspirativa, que, por otra parte, atraviesa todo el libro de Claudín, sin perjuicio, no obstante, de la erudición que también atesora. Aunque, ciertamente, el celo y la voluntad de poder de Stalin sobre el movimiento comunista fueron siempre desmedidos y a pesar de que el Secretario General del PCUS siempre priorizó los intereses de Estado de la URSS por encima de cualquier otra cosa, incluido el futuro de cualquier revolución o los intereses de cualquier partido comunista nacional en cualquier lugar del mundo, Claudín presenta con demasiada frecuencia la acción omnímoda del dictador soviético como causa última de los procesos europeos concretos que analiza y del papel en ellos del movimiento comunista, en perjuicio muchas veces de la complejidad que estos procesos encerraron y de la autonomía, relativa, sin duda, que en varios momentos y lugares el movimiento comunista tuvo. El icono de Stalin, que Claudín tanto había venerado hasta el 56, aparece como un fantasma que recorre toda su obra, cuya sombra muchas veces no deja ver con nitidez la complejidad que, contradictoriamente, él mismo logra recoger en bastantes momentos de la obra.

#### TRANSICIÓN Y DEMOCRACIA: LA RESTIMACIÓN DE UN INTELLECTUAL EXCOMUNISTA

Tras la muerte de Franco, Fernando Claudín regresó a España después de más de 35 años de exilio. Se abría la denominada transición a la democracia. En aquel proceso la figura de Claudín brilló en los ambientes políticos, culturales y mediáticos de la izquierda, sobre todo del nuevo centro izquierda que al final de la transición se terminó nucleando políticamente en torno al PSOE y mediáticamente alrededor del diario *El País*. Brilló de manera especial como crítico siempre al quite de cada uno de los grandes movimientos de Santiago Carrillo y el PCE.

En el arco temporal que va de 1974 a 1976, Fernando Claudín hizo gestos, también públicos, de aproximación al PCE, con la intención, probablemente, de reingresar en el partido. El PCE era en esos momentos el partido más activo, numeroso e influyente en la oposición a la dictadura y todo parecía augurarle un futuro más prometedor que el que finalmente tuvo (Andrade 2015). El camino de reingreso de Claudín al PCE se había vuelto más expedito con la incorporación al partido de Bandera Roja, una organización muy influyente sobre todo entre intelectuales y profesionales de Cataluña, con algunos de cuyos dirigentes Claudín tenía una abierta sintonía, cuando no una relación personal directa, como era el caso de Jordi Solé Tura y, en menor medida, de Jordi Borja. La sintonía procedía de los caminos paralelos que habían recorrido. Bandera Roja había surgido como heterodoxia dentro del movimiento comunista en oposición a la política reformista del PCE a finales de años los 60, pero había evolucionado hacia planteamientos más pragmáticos y politicistas que los que a la altura de 1974 podía tener la dirección de Santiago Carrillo (Pala 2011). Claudín, como hemos visto, había roto con el PCE a mediados de los 60 y había recogido algunos planteamientos (o más bien cierto espíritu de época) de la nueva izquierda al final de esa década. A mediados de los setenta era identificado con el ala moderada de un socialismo democrático que todavía se declaraba opuesto a la socialdemocracia.

Claudín tanteó la posibilidad de reincorporarse al PCE a través de su yerno Pere Vilanova, que tenía una posición muy influyente en el PSUC (Morán 1986: 499). Una prueba de la voluntad de reincorporación de Claudín al PCE sería su asistencia el 4 de noviembre de 1976 al homenaje que se brindó a la familia de Santiago Carrillo a la vuelta de su exilio, una celebración pública concebida, obviamente, para reivindicar el fin de la prohibición de vuelta a España que pesaba sobre el *pater familias*. Pero Santiago Carrillo era contrario a la incorporación de Claudín, habida cuenta de la oposición o cuando menos de la sombra que podría hacerle ahora desde dentro del propio partido. Por eso hizo oídos sordos a los llamamientos de Claudín y le lanzó mensajes más o menos soterrados para darle a entender que no sería del todo bienvenido y que si quería reincorporarse no lo haría, en ningún caso, por la puerta grande. Entre estos mensajes estaría el que Carrillo le mandó a conciencia en el libro de entrevistas que publicó con Max Gallo y Régis Debray (Carrillo 1975). Cuenta Gregorio Morán (1986: 499) que, alterado ante las noticias sobre los intentos de reincorporación de Claudín, Carrillo aprovechó las galeradas de la obra para modificar sustancialmente, en un tono más crítico y tajante, sus apreciaciones hacia las tesis y la actitud que este sostuvo en la crisis de 1964.

Más allá de los obstáculos de Santiago Carrillo, fue el cambio en la relación de fuerzas de la izquierda que se fue imponiendo con la transición lo que disuadió a Claudín de volver al PCE. En el nuevo escenario que se estaba construyendo las expectativas de poder se inclinaban del lado de un ascendente PSOE y en perjuicio de un PCE que se iba desangrando con cada uno de los hitos que jalonaron el proceso, hasta sufrir una hemorragia en la crisis múltiple que sufrió en 1981 y que tanto contribuyó a su cataclismo electoral de octubre de 1982. Durante esos intensos años de la transición, Claudín criticó los continuos virajes tácticos del PCE y fustigó los intentos de teorización del eurocomunismo, nueva doctrina oficial del partido, sobre todo cuando estos procedieron de su Secretario General, Santiago Carrillo. Apenas unos meses después de que esta nueva orientación de importante alcance internacional (Treglia 2011) se convirtiera en un slogan propagandístico de la dirección del PCE (Andrade 2012), Claudín publicó en siglo XXI - editorial para la que estaba trabajando y a cuyo desarrollo contribuyó de manera destacada - su obra *Eurocomunismo y socialismo*. En ella criticaba la endeblez con que se estaba asumiendo en España el eurocomunismo y, más allá del caso español, el hecho de que esta propuesta no fuera capaz, en su opinión, de zafarse de la Escala del estalinismo y el Caribdis de la socialdemocracia para abrir un verdadero proceso de transformación socialista de la sociedad en Europa (Claudín 1977). En estos momentos, sus apelaciones al horizonte de la transformación socialista, lo que antes llamaba más frecuentemente revolución, ya sonaban a arrastre retórico, a inercia verbal de su propio pasado. Pronto se tornarían inverosímiles a tenor de su integración en la institucionalidad construida por esa socialdemocracia de la que venía abjurando y en la que algunos, a los que ahora daba cierta razón, le venían ubicando de manera muchas veces maledicente desde hacía tiempo. En 1980 - un año después de que el PSOE viviera su catarsis ideológica en el XXVIII Congreso y Congreso Extraordinario, en los que terminó depurando los excesos verbales del primer tramo de la transición para homologarse a una socialdemocracia ya entonces a la baja con respecto a su programa tradicional de posguerra - Fernando Claudín fue nombrado director de la Fundación Pablo Iglesias de este. En 1983 Claudín se cobró definitivamente la pieza de su camarada Santiago Carrillo con la publicación de una suerte de biografía condenatoria del dirigente del PCE justo en el momento en el que este, a la espera de resucitar como icono de la transición en los 90, vivía sus horas más bajas tras la debacle electoral del 82 (Claudín 1983). Entre 1984 y 1986 Claudín hizo campaña en los medios por la permanencia de España en la OTAN de cara al referéndum<sup>6</sup>. En 1988 - año de la

---

<sup>6</sup> Véase CLAUDÍN, F. y PARAMIO, L.: "OTAN: razones para no salir / 1", *El País*



huelga general más ampliamente secundada en toda la democracia, en este caso contra el gobierno de Felipe González - pasó a afiliarse al PSOE. Murió el 16 de mayo de 1990, unos meses después de la caída del muro de Berlín y cuando la URSS estaba en pleno proceso de descomposición. Moría el mundo surgido de una revolución, la de octubre de 1917, cuya memoria hacía tiempo que había pasado a ser, en las aspiraciones y horizonte de pensamiento de Fernando Claudín, una memoria inoportuna.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, P. (2012): *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI.
- ANDRADE, J. (2015): *El PCE y el PSOE en la transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI.
- BALIBREA, M. (2014): “La despolitización de la memoria histórica del exilio republicano en democracia. Excepciones, paradojas y el caso de Jorge Semprún”, *Historia del Presente*, 23, 119-132.
- BOLLOTEN, B. (1962): *La Revolución española: las izquierdas y la lucha por el poder*, México, editorial Jus.
- CARRILLO, S. (1964): “¿Liberalización o democracia?”, *Nuestra Bandera*, 38.
- (1975): *Mañana España, conversaciones con Max Gallo y Régis Debray*, París, Colección Ebro.
- (1983): *Memoria de la transición (la vida política española y el PCE)*, Barcelona, Grijalbo.
- (1993): *Memorias*, Barcelona, Planeta.
- CASANOVA, J. (2007): *La República y la Guerra Civil. Historia de España, Vol. VIII*, Barcelona, Crítica.
- CLAUDÍN, F. (1970): *Crisis del movimiento Comunista*, París, Ruedo Ibérico.
- (1977): *Eurocomunismo y socialismo*, Madrid, Siglo XXI.
- (1978): *Documentos de una divergencia comunista*, Barcelona, El Viejo Topo.
- (1983): *Santiago Carrillo: Crónica de un Secretario General*, Barcelona, Planeta.

---

(Madrid), 16 de junio de 1984 y “OTAN: razones para permanecer / 2”, *El País* (Madrid), 16 de junio de 1984.

- CRUZ, R.: “Del Partido recién llegado al Partido de todos. El PCE, 1920-1939” en Bueno, M.; Hinojosa, J; y García, C. (coords.) (2007), *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Madrid, FIM.
- ELEY, G. (2002): *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa. 1850-2000*, Barcelona, Crítica.
- ESPINOSA, F. (2003): *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica.
- GÁLVEZ, S. (2014): “La construcción de Santiago Carrillo (1983-2012)”, *Historia del Presente*, núm. 24, pp. 77-92.
- GORKIN, J. (1961): *España, primer ensayo de democracia popular*, Buenos Aires, Biblioteca de la Libertad.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, F. (2010): *Guerra o revolución: El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Madrid, Crítica.
- (2015): *Los años de plomo, La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Barcelona, Crítica.
- KOWALSKY, D. (2004): *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Barcelona, Crítica
- MOLINERO, C. e YSÁS, P. (2017): *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica.
- MORADIELLOS, E. (2017): *Historia mínima de la Guerra Civil española*, Turner.
- MORÁN, G. (1986): *Miseria y Grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta.
- MUGUERZA, J. (1990): *Desde la perplejidad: ensayos sobre la ética, la razón y el diálogo*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- PALA, G. (2011): “Una semilla de discordia. La entrada de Bandera Roja en el PSUC”, *Revista de historia moderna i contemporànea*, 9, pp. 140-163.
- PRESTON, P. (2016), *La Guerra Civil Española*, Madrid, Debate.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, J. (2004): *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM.
- SEMPRÚN, J. (2010), *Autobiografía de Federico Sánchez*, Madrid, Público.
- SERVICE, R. (2015), *The Penguin History of Modern Russia. From the Tsarism to the Twenty-First Century*, London, Penguin Books.

- SOUTO KUSTRÍN, S. (2007): “La atracción de las Juventudes Socialistas por el PCE en el contexto europeo de los años treinta”, en *Historia del PCE : I Congreso, 1920-1977*, coordinado por M. Bueno Lluch, J. Hinojosa y C. García García, pp 113-128.
- TREGLIA, E. (2011): “Las vías eurocomunistas”, *Historia del Presente*, 18, pp. 5-8.
- VIÑAS, A. (2012): *La República en guerra: Contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica*, Barcelona, Crítica.
- WOLIKOV, S. (2016): “¿Qué clase de acontecimiento? Historiografía y actualidad de las investigaciones sobre el Frente Popular”, *Nuestra Historia. Revista de Historia de la FIM*, 1, pp. 11-23.

Recibido: 11 de octubre de 2017

Aceptado: 12 de diciembre de 2017

**Juan Andrade** es doctor en Historia contemporánea y profesor de la Universidad de Extremadura. Su trayectoria investigadora se ha centrado en los movimientos sociales y los partidos de izquierda, del franquismo a la actualidad, prestando particular atención a la transición, tema en el que ha destacado por su mirada crítica y renovadora con el libro *El PCE y el PSOE en (la) transición* (2012). También es autor, junto a Julio Anguita, del libro *Atraco a la memoria* (2015) y editor junto a Fernando Hernández Sánchez del volumen 1917, *La Revolución rusa cien años después*. [jandradeb@unex.es](mailto:jandradeb@unex.es)